IMÁGENES DEL TIEMPO*

De historia e historiadores en el Perú contemporáneo

Luis Miguel Glave

DOCUMENTO DE TRABAJO Nº 79

*Este documento fue presentado en el Simposio "Problemas de historiografía latinoamericana contemporánea", organizado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. México D.F., marzo de 1996.

Serie: Historia 15

© IEP ediciones
Horacio Urteaga 694, Lima 11
☎ 432-3070 / 424-4856
Fax [51 1] 432-4981
E-mail: iepedit@iep.org.pe

ISSN 1022-0356 (Documento de Trabajo IEP)
ISSN 1022-0402 (Serie Historia)

Impreso en el Perú
Noviembre de 1996

GLAVE, Luis Miguel
Imágenes del tiempo: de historia e historiadores en el Perú contemporáneo.-- Lima: IEP, 1996.-- (Documento de Trabajo, 79. Serie Historia, 15)

HISTORIA ECONÓMICA / HISTORIADORES / SIGLO XVII / HISTORIOGRAFÍA / CAMBIO CULTURAL / HISTORIA / PERÚ

WD / 05.01.01 / H / 15

CONTENIDO

1. EL AUGE DE LA HISTORIA ECONÓMICA 8

2. CRECIMIENTO Y CAMBIO DESDE LA HISTORIA RURAL Y REGIONAL 16

3. BUSCANDO EL INCA 24

4. BUSCANDO CAMINOS ANDINOS 25

5. DESOLACIÓN, VIOLENCIA, CAMBIO: EL SIGLO XVII VISTO DESDE EL FIN DEL XX 29

6. CAMBIO DE CREDOS 35

LAS COSAS Y LAS PERSONAS cambian en el tiempo. Esa es la materia del trabajo de la historia como ciencia. Desde ese punto de partida, la historia misma, como discurso en una sociedad, cambia también, se adapta, abre horizontes o se deja estar, difiriendo lo que se dice de la sociedad de lo que ella misma es. Sin ser una excepción, la historia en el Perú ha visto cambios importantes en los últimos veinte años, en cantidad, en calidad y en forma.

Lo *bueno* de todo este período es que casi no quedan temas que no se hayan tocado, aunque sea sólo orillado. Esto ha ocurrido al compás de un cambio en el tipo de los discursos. Los libros y las propuestas pasaron de las grandes interpretaciones y el corsé ideológico, a las monografías. Trabajos monográficos que buscaron el uso de la metodología como artefacto y que escondieron así la ideología tras el pragmatismo.

A pesar del crecimiento de la cantidad y la calidad de los trabajos y los trabajadores de la historia, se han manifestado más agudas carencias de acuerdo a las nuevas necesidades que el propio cambio histórico ha abierto. Las instituciones no se han renovado y las condiciones de la profesión han empeorado —aunque éste es un condicionante que sirve de acicate a los trabajadores. Las capillas siguen vigentes y multiplicándose —enfrentadas. La comunicación con la sociedad se ha roto, vulgarizando los mensajes a través de la masa de los medios sometidos a los parámetros comerciales.

Finalmente, la naturaleza andina de la historia peruana, que incluye la vertiente amazónica, es una verdad contundente que surge de este avance de la historiografía. Sin embargo, es mayor el interés y la difusión de la historiografía peruana en los otros países andinos, que la de éstos en el medio peruano. Algunos trabajos en el Perú incluyen las áreas de la actual Bolivia,

pero ello se debe a que el corazón del sistema económico colonial estaba en las minas de Potosí, sin las que sería imposible entenderlo. Sigue siendo una carencia el desarrollo de una mayor preocupación por la historia andina como un proceso único, con diversidades regionales y nacionales —luego— pero con una matriz común.

Estas son notas que pretenden ubicar algunos procesos dentro de la historiografía andina. Para el desarrollo de la reflexión que pretendemos hacer, usaremos el *corpus* documental constituido por los libros de historia que tienen que ver con el mundo andino, publicados desde 1970 hasta los años recientes. Ese *corpus* es la base de la observación. Sobre él veremos la influencia ejercida por las transformaciones en la sociedad y viceversa, lo que de esas transformaciones refleja el proceso científico mismo, relativamente aislado del proceso social que le da origen. No haremos una revisión bibliográfica sino que usaremos algunos grandes hitos como fueron algunas reuniones, libros o colectivos de estudios, que marcaron el tipo de trabajos que se hacía.

No se trata pues de una bibliografía, sino de una reflexión general que recoge la experiencia del autor y las lecturas que más se acercan a una representatividad —selectiva no obstante— del conjunto de estudios andinos. Se incluye en la constitución del *corpus* cualquier trabajo que ilumine el proceso histórico, sea éste de cualquiera de las ciencias sociales y humanas.

Ubicaremos inmediatamente algunos temas en relación con nuestra propia experiencia de trabajo y haremos una evaluación de las relaciones entre las preocupaciones de esos estudios y las realidades contemporáneas que lo impulsan o lo reflejan.

El conocimiento de los procesos históricos peruanos en general ha tenido un sustancial enriquecimiento en las últimas dos décadas. Una verdadera revolución en cuanto a temas, métodos, épocas incorporadas al panorama general, nuevos personajes de distintas clases sociales y etnias; la calidad de esta producción historiográfica no ha sido tan apreciada como la profundidad que ha tenido su mensaje, que transformó la idea de país y de proceso que el pueblo mismo ha asumido.

Peculiarmente, eso ocurrió por el auge tenido en el terreno de la historia económica. Justamente, esa marcada preocupación por los sucesos económicos vino a ser el sello de los estudios más recientes, a contrapelo de lo que antes había marcado el interés por los hechos históricos[1]. La economía de la época colonial andina por ejemplo, las formas de extracción de los excedentes campesinos, la demografía, eran muy poco conocidas hasta hace

1. Varios autores contribuyeron en ello, pero cabe destacar el valor precursor y paradigmático de los aportes de Pablo Macera. Sus estudios han sido reunidos en *Trabajos de historia*, Instituto Nacional de Cultura (Lima, 1977). Ya a principios de los años 1970, Macera publicaba bajo el sello del Centro Peruano de Historia Económica.

relativamente poco tiempo. Las formaciones regionales en el siglo XIX, el papel del campesinado en la formación nacional, la inserción de la agricultura en el mercado mundial, son otros tantos grandes temas para los que disponemos de esquemas de interpretación y sobre todo, de información que todavía está por trabajarse. Información de la que siempre hemos adolecido por ser una sociedad cuya documentación es mucho menos voluminosa que la que se tiene por ejemplo para México, el otro gran país que surgió de la dominación colonial española. Hoy, tenemos al alcance de la mano un "nuevo pasado" de la estructura y la vida económicas de nuestros países andinos y específicamente del Perú.

Lo que ha venido sucediendo en los años más recientes —entre fines del período de las reformas del gobierno militar y la crisis de los sucesivos gobiernos formalmente democráticos— es un desplazamiento del eje de las inquietudes desde lo económico al terreno de las mentalidades, los comportamientos, las identidades. Los grupos sociales se han diluido y particularmente los campesinos y el universo social del área rural, han desaparecido prácticamente de la literatura historiográfica.

Las perspectivas metodológicas también han cambiado. La proliferación de trabajos de historia estuvo acompañada de un culto por la *objetividad*. Lo objetivo era equivalente a lo científico. Las viejas herramientas del discurso positivista occidental se rediseñaron dentro del ascenso de la historia profesional. La crítica a fardo cerrado que se hizo de lo que gruesamente se denominaba "historia tradicional", asociada a los hechos militares y diplomáticos, a los personajes ideologizados, a los hechos aislados, a lo descriptivo, vino apoyada en el cambio de los temas y los métodos que apuntaban a la construcción de un nuevo discurso de tipo científico, objetivo. Los historiadores profesionales, incluyendo a la producción académica marxista, proponían una imagen nueva en donde las estructuras, los tejidos recurrentes de la sociedad en el tiempo, los mecanismos de cambio de esas estructuras, tenían una naturaleza científica, objetiva, donde la voluntad de los hombres aparecía incluso como un factor más de esa naturaleza científica del discurso histórico. Teoría de la dependencia, estructuralismo, historicismo y materialismo histórico, eran diversas variantes de un mismo curso de la reflexión historiográfica.

Esa corriente absolutamente dominante, que arrasó con el viejo discurso histórico y penetró en las mentalidades populares creando una "idea crítica" de la historia del Perú[2], ha perdido su hegemonía. Mantiene cultores o aparece como un tipo de pensamiento "natural". La crisis de las ideologías de fin de siglo, la propia crisis de viabilidad del Perú en los últimos dos lustros, los cambios en las metodologías de los centros productores de historiografía en el mundo, las grandes preguntas —angustias— que los medios de comunicación y la política han puesto en la vida cotidiana de la gente,

2. La imagen surge de un interesante estudio de las percepciones escolares hecho por Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart, *El Perú desde la escuela*. Instituto de Apoyo Agrario (Lima, 1989).

han impactado en los estilos, en los temas y las propuestas. Las mentalidades, la religión, la oralidad de la comunicación de las ideas, el arte, las múltiples variantes de lo étnico, son los temas o las canteras de temas que invaden la producción historiográfica. Mientras, la presentación de esos temas deja de lado las exigencias formales del discurso objetivista. Hay una revalorización de lo íntimo, de lo sentido, de lo bello. Alguien ha llegado a publicar ya en el Perú un trabajo de *egohistoria*[3].

Veamos algunas de las características de esta evolución reciente. Primero el punto de partida, el despegue del cambio de perspectiva y la acumulación de nueva información y de nuevos temas. Nos apoyaremos en la revisión bibliográfica y la cruzaremos con algunos acontecimientos, de la historia reciente y de la vida académica en particular. Introduciremos en un momento una reflexión particular, proveniente de la experiencia de investigación del autor, en la medida en que puede ser una ilustración de un mecanismo de elaboración de propuestas.

1. EL AUGE DE LA HISTORIA ECONÓMICA

La historia económica de los pueblos andinos no fue un tema de interés hasta hace relativamente poco tiempo. Contadas excepciones como los trabajos de E. Romero[4] y P.E. Dancuart —un funcionario público que publicó unos *Anales* de la Hacienda Pública— no lograban hacer de la preocupación por la economía un tema dentro de la tradición historiográfica. Para que eso fuera así conspiraron diversos factores que no tenían necesariamente que ver uno con el otro. Por un lado, los estudios de historia no eran conducidos profesionalmente sino bajo el impulso del amor a la patria, a la región, o incluso a la familia por personajes que podían incursionar en los archivos y bibliotecas, llevados por la curiosidad y un espíritu idealista, polémico o meramente ideológico[5]. Las inquietudes filosóficas y los planteamientos epistemológicos que provenían de las canteras occidentales, peculiarmente europeas del siglo XIX, dominaban el ambiente historiográfico que encarnaban estos peruanistas que sentaron las bases del conocimiento del Perú.

Como quiera que los grandes temas que movilizaban el espíritu de investigación tenían que ver con las épocas cruciales donde se definieron las raíces de lo que somos los peruanos, grandes períodos históricos quedaron en la penumbra. Así, la *conquista* —para usar el término más difundido con que se caracteriza el período— entre la llegada de Pizarro y sus hombres a

3. José Tamayo, *Breve historia de un historiador*. Centro de Estudios País y Región (Lima, 1989).

4. Emilio Romero, *Historia económica del Perú*. Editorial Sudamericana (Buenos Aires, 1949).

5. El trabajo clásico en ese sentido y el autor más representativo fueron José de la Riva Agüero, "La historia en el Perú" (1910), publicado en sus *Obras Completas* [t. IV]. Pontificia Universidad Católica (Lima, 1965). Una crítica señera de la "nueva historia" a ese texto en Pablo Macera, "La historia en el Perú: ciencia e ideología", en *Trabajos de Historia*, *op. cit.*

las costas del actual Perú y el establecimiento colonial temprano, cuando terminaron las guerras entre los propios conquistadores y entre éstos y los funcionarios que la corona española mandó para consolidar su sistema colonial, fue un período muy estudiado por esta historiografía. Luego, no encontramos otra coyuntura de esa envergadura sino justamente hasta el rompimiento del orden colonial, ya en la segunda década del siglo XIX. Todo lo que pasó en el período de la dominación española corría a cargo del anecdotario de la curiosidad de los hombres que conocían de viejos papeles, impulsados por el regocijo de ubicar añejas costumbres que perduraban o el colorido de otros tiempos que parecían fastuosos frente a lo que quedaba del antiguo poder central de los limeños en la era republicana. Los procesos económicos, las instituciones, los grupos sociales, los mecanismos de la creación y distribución del producto social, los sectores económicos, las relaciones de trabajo, los posibles cambios en la estructura de esas relaciones, los ciclos del tiempo coyuntural en que se define el quehacer económico de las sociedades, las relaciones con el medio ambiente, fueron temas virtualmente desconocidos, salvo por pinceladas de información suelta que aparecía entre viejos papeles familiares o los que esa misma *intelligencia* republicana fue agrupando en repositorios oficiales.

Una polémica del primer tercio del siglo XX, también atada al sentir de la identidad nacional, agitó las aguas de ese desconocimiento y produjo nuevas informaciones al calor de los postulados ideológicos de los nuevos intelectuales peruanos de la transición a la modernidad. Los hispanistas y los indigenistas se trabaron en un —históricamente cruento— combate de ideas que era sazonado por nuevas informaciones que se leían —con nuevos ojos— en la misma documentación que se había expurgado del olvido en poco más de un siglo de vida nacional independiente. Contingentes de papeles de las provincias, de las familias de nuevos profesionales que provenían de las regiones con más pujante dinámica social y cultural, incluso documentos que los propios campesinos habían guardado celosamente, comenzaron a dar sustento a dos lecturas de la historia económica colonial. El sordo grito andino y la denuncia del oprobio por un lado. La arcadia colonial y el lamento del criollo por el otro. Mientras, los hombres de letras que recogían la práctica de la búsqueda documental peruanista de varias décadas, de las publicaciones de textos, del registro y la crítica documental, fueron acumulando en bibliotecas y en los ambientes universitarios un *corpus* documental del que las primeras aproximaciones historiógraficas no disponían[6]. Las monumentales ediciones documentales españolas alimentan la literatura histórica desde 1855[7].

6. La *Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales* comienza a publicarse en 1898, con una prolija presentación de documentos de primera mano (Ordenanzas, Provisiones, Reales Cédulas, correspondientes a la época colonial). Algunas de las *Relaciones de virreyes* se publican ya en el siglo XIX por obra de escritores como José Toribio Polo.

7. Las insustituibles son las de los Documentos inéditos de América (*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas de América y Oceanía*, 42 tomos, 1864) y los Documentos inéditos de Ultramar (*Colección... de las antiguas posesiones de Ultramar*, 25 tomos, 1855).

Las aulas de las universidades formaban a nuevos estudiosos en el uso de herramientas provenientes del positivismo para aumentar el acervo documental[8]. Con esos materiales la información sobre la vida económica, sobre las percepciones que en el mismo período colonial se habían tenido sobre los procesos económicos, aumentó considerablemente —diríamos que en ese terreno, la moderna historiografía peruanista no ha logrado avances comparables, aunque su vigencia en términos temporales sea mucho menor— dando coba en cada una de sus fulgurantes apariciones a alguna de las lecturas contradictorias y encontradas del pasado colonial. El sentir criollo y su denuncia colonial del siglo XVII abonaba los argumentos de los indigenistas que se lanzaron a demostrar la injusticia de los mecanismos de la opresión del indio —la esclavitud del negro africano trasladado al Perú no mereció curiosamente la misma intensidad en la condena ideológica— que eran el antecedente de la vigencia entonces de la servidumbre y los fenómenos sociales y culturales que configuraban el llamado problema del indio. Pero a la vez, nuevas pruebas de la santidad de nuestros símbolos cristianos hispano criollos, evidencias de viejas grandezas cortesanas de Lima virreinal, la abundante y compleja legislación colonial —que aparecía ya recopilada y más al alcance de la mano de los estudiosos— por su parte, permitía abundar a los hispanistas en la forma como siempre se protegió a los súbditos del Rey y en la piedad de los hombres que antecedieron a los gobernantes y patricios supérstites de los corrillos sociales y políticos de la peruanidad del siglo XX[9]. El choque de lecturas ideológicas de la historia colonial, el *corpus* documental que se incrementaba y se ponía a tiro de la curiosidad de investigadores de nuevas canteras del cambiante Perú contemporáneo, abrió las puertas para un mínimo conocimiento de la economía colonial[10].

Las primeras aproximaciones a ese universo económico no se hicieron esperar y compendios analíticos, secciones de cursos, textos monográficos sobre parcelas de la economía hicieron sonar las campanas de la modernización del conocimiento del pasado remoto más inmediato y crucial para la definición del ser nacional peruano. Luego vendrían las corrientes foráneas por un lado y la influencia de las polémicas políticas que acompañaron a las movilizaciones sociales y a los cambios que dieron a luz otro rostro del Perú tan súbitamente que los propios testigos no lo notaron. La definición del carácter de esa sociedad que cambiaba y se desmoronaba anunciando cruentos momentos de fin de siglo, agitaba las plumas de nuevos estudiosos, más

8. El primer historiador propiamente tal fue un español afincado en el Perú, Sebastián Lorente, quien llegó para hacerse cargo de un colegio liberal llamado "Nuestra Señora de Guadalupe". Sus libros empezaron con unos *Pensamientos sobre el Perú* (1855), polémicos y generales, siguiendo con aportes para todas las épocas de la naciente "historia patria", desde la antigüedad, la Conquista, el primer período colonial, la época borbónica, la Independencia y otros tópicos (1860-1879).

9. Por ejemplo, Víctor Andrés Belaúnde, *Peruanidad*. Instituto Riva Agüero (Lima, 1957).

10. Los aportes de Carlos Alberto Romero, Horacio Urteaga y otros estudiosos, fueron fundamentales. Se publicaba la *Revista Histórica* en el primer cuarto de siglo, institucionalizando a los historiadores en el Instituto Histórico del Perú. Luego aparecería la revista *Documenta*, órgano de la *Sociedad Peruana de Historia*, cuando ya se notaba una generación de nuevos historiadores de oficio como Raúl Porras Barrenechea, Ella Dumbar Temple, Guillermo Lohmann Villena y otros.

profesionales, que introducían nuevas herramientas de reflexión y de investigación para —por paradoja del destino— cambiar esa misma sociedad. Las relaciones de producción, en su sentido más específico de relaciones laborales, fueron objeto de largos ensayos y se buscaron evidencias para sustentar que predominaba la servidumbre o que habían algunas formas de salario[11]. Los defensores de la presencia de alguna forma de desarrollo capitalista se sumergían en las evidencias del comercio, de la circulación de mercaderías. Estudiosos de otros lugares, de Europa y América, alimentaban con sus libros y artículos a los que estudiaban la historia peruana, los historiadores españoles de la era de Francisco Franco cedieron lugar a los franceses y norteamericanos, marcados por renovadas corrientes historiográficas —como la llamada escuela de los *Annales*, en Francia y la *New Economic History* en Estados Unidos— pero también por el movimiento de mayo del 68 en París y las nuevas corrientes que influían en el sentir juvenil norteamericano.

El gusto por los modelos teóricos, las herramientas de la economía y de la sociología que entraban en la reflexión histórica, añadieron temas inéditos en nuestra historia[12]. Entre ellos tuvimos a los ciclos económicos, las series de precios y sus posibles impactos en la vida social y política, las formaciones regionales, las racionalidades empresariales de las instituciones económicas más importantes como fueron las haciendas y los obrajes, las características del trabajo en las minas.

La fusión de la antropología y la etnología en el registro de la historia que dio lugar a una escuela con nombre propio como ha sido la etnohistoria, trajo, junto a planteamientos trascendentes, aportes documentales como la publicación de las *visitas* que las autoridades españolas hicieron a los pueblos para averiguar por los recursos y la población con el fin de establecer las tasas de los tributos. Esos documentos y los estudios que los acompañaron revolucionaron las aproximaciones a la vida de los naturales en la era inicial de la colonia y en mucho rastrearon formas económicas prehispánicas que muchas veces perduraron[13].

Todo ello constituyó un conjunto de escuelas y tendencias que sumaron aproximaciones diversas a un escenario de conocimiento muy enriquecido por esos procesos anteriores, con referencias y datos de un *corpus* documental muy amplio. Nuevas fuentes históricas se sumaron al cuerpo de evi-

11. Particularmente los antropólogos como Emilio Choy (un precursor del marxismo académico universitario, del que también se han publicado sus obras completas), y los discípulos sanmarquinos más jóvenes como Julio Cotler (sobre el estado y la nación) y Rodrigo Montoya (sobre el modo de producción) aportaban con discursos generales, tan poco documentados y rápidos, como perspicaces y sugerentes.

12. La reflexión sociológica fue introducida en un libro de éxito editorial sorprendente, por Ernesto Yepes del Castillo, *Perú 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista* (varias ediciones).

13. La etnohistoria tiene su precursor en Luis E. Valcárcel, pero su impulso fundamental se debió a la obra de John V. Murra. Las primeras "visitas" se publicaron al influjo y apoyo de Murra. La de Chucuito (en la zona sur circumlacustre del Perú) de 1567 fue publicada en 1964 por la Casa de la Cultura, en transcripción del joven historiador Waldemar Espinoza Soriano.

dencias, más estudios monográficos, nuevas preocupaciones metodólogicas, nuevas discusiones políticas y un viejo amor al Perú y temor por la incertidumbre del ser y del devenir de su pueblo y de sus intelectuales, nos dieron un panorama muy diferente de la economía nacional. Pero ese panorama se encuentra disperso, a veces es inmanejable por lo especializado del discurso y de las maneras de transmitirlo —en revistas variadísimas y libros colectivos que aparecen publicados por las prensas de universidades norteamericanas o internacionales. Incluso, la dispersión hace muchas veces perder de vista la dirección del contenido del conocimiento.

Entonces, en panorama, lo que proponemos como esquema es que, luego de un largo período en que la historia fue dominada por estudios descriptivos pero llenos de una carga ideológica hispanista, la época de la dominación española fue sometida a una revisión, como toda la historia latinoamericana. Un primer momento fue dominado por los esquemas económicos y cuantitativos, tanto de raigambre marxista como aquellos influidos por la historiografía anglosajona y la llamada escuela de los annales (Francia). En las escuelas marxistas o influidas por el materialismo histórico, la poca información disponible fue organizada en grandes discursos que ponían el acento en la caracterización de las sociedades coloniales como feudales o capitalistas. Muchos estudios estuvieron motivados por la polémica, aumentando el nivel de conocimiento de la historia andina y latinoamericana. Sea cual fuere el interés de los estudiosos por opinar en la materia, lo que nos dejó el período fue una imagen renovada y más dinámica de la época en cuestión. Todos los trabajos se incorporaron en la masa de información que se usaba y se usa, pero sobre todo, se hicieron nuevos estudios que circularon entre los nuevos historiadores. Series de precios, producción, relaciones de producción, mercados; movimientos sociales, política colonial y revolución independentista, fueron grandes temas que se iluminaron.

Luego, las monografías, los estudios regionales, contribuyeron a poner el volumen de información a un nivel inesperado, pero se perdió de vista el panorama amplio, la síntesis. Muchos estudiosos no pasan de conocer medianamente una época, una zona, un tema.

Un segundo momento ha sido influido por la antropología andinista. Conforme la estrella de la seguridad de los esquemas marxistas se eclipsaba, las interpretaciones culturales que rescataban la participación del indio en la constitución de las historias nacionales, fueron ganando terreno. No se trata de posiciones necesariamente antagónicas, muchas veces pueden ser complementarias; incluso, algunos evolucionan desde el marxismo hacia un indigenismo militante. Estudios de religión y religiosidad, estructuras sociales y simbolismo, mentalidades, utopías y política, se han producido en este segundo momento (que no es necesariamente un momento cronológico). Pero junto con los trabajos de discusión y de postulados metodológicos, una gran cantidad de estudios se hacen al influjo de estas corrientes. De la misma manera que en el momento anterior, el panorama parece perderse y salvo la herramienta metodológica que se confirma o niega, ninguna otra

generalización es posible más allá de los límites de los planteamientos de la investigación monográfica.

La propia historia de las dos últimas décadas ha estado marcada por la historia andina de varios siglos, que vino a presentarse a la manera simbólica de los centenarios o las conmemoraciones que se rescataban de acuerdo a las tendencias dominantes en los momentos en que estas fechas "mágicas" se presentaban. La figura más elocuente de este aserto es la del sesquicentenario de la Independencia nacional[14]. Las distintas corrientes historiográficas confluyeron en esa coyuntura. Los tradicionales se replegaron en sus bastiones y los nuevos salieron al combate que los puso en equilibrio y hasta en ventaja. De los debates, avances teóricos y bibliográficos referidos a la conmemoración de la Independencia, una figura que vino a identificarse como precursora, se convirtió en símbolo y tema: Tupac Amaru. Poco tiempo después, ya sin los militares en ascenso revolucionario, se conmemoraría el bicentenario de José Gabriel. El caudillo precursor para una corriente. El revolucionario por excelencia para muchos. La coyuntura revolucionaria, los cambios en las estructuras de clases, los mecanismos de la explotación colonial como los desde entonces sonoros "repartos forzosos de mercancías", aparecieron en libros pero también en revistas especializadas e incluso en las páginas de los periódicos, renovando la imagen de la historia del país. Los trabajos de Golte, O'Phelan, Flores-Galindo, Rowe, se difundieron ampliamente, haciendo accesible el tema que Lewin y los académicos del sesquicentenario ponían a disposición en grandes libros. Mientras el gobierno militar lo puso como emblema, el movimiento social lo erigió como símbolo y los historiadores lo siguieron como indicio —parafraseando un libro de Carlo Ginzburg.

Sobre el tema de las rebeliones indias y las alteraciones políticas del siglo XVIII existe una abundante bibliografía, que sería imposible representar con equilibrio en un ensayo de esta envergadura. Sin embargo, algunos trabajos pueden ayudar a encontrar las pistas para conocer el conjunto de la bibliografía, para los que estén interesados, o ser una buena síntesis para los que de ello requieran. Por eso hacemos una exposición guiada por estos trabajos.

Un programa que busque rápidamente tener libros representativos y sintéticos debe incluir el compilado por el historiador norteamericano S. Stern[15]. Algunos de los aportes ahí sustentados son los siguientes.

14. El Gobierno Militar reformista de entonces formó una Comisión que publicó una de las fuentes más importantes de la historia peruana, la *Coleccion documental de la Independencia del Perú.*

15. Steve Stern, *Resistance, Rebellion and Conciousness in the Andean Peasant World. 18th to 20th Centuries.* The University of Wisconsin Press (Madison, 1987), publicado posteriormente en español por el Instituto de Estudios Peruanos. Las dos primeras partes del libro corresponden a la época de nuestro interés. Incluye trabajos de los más representativos autores modernos que han tratado el tema. El propio compilador, Steve Stern, además de un ensayo de síntesis, colabora con un trabajo que incide especialmente en una nueva visión sobre la rebelión de 1742. No ha continuado

Magnus Mörner, "Un intento de calibrar las actitudes hacia la rebelión en el Cusco durante la acción de Túpac Amaru", desarrolla una hipótesis sustentada en sus trabajos socioeconómicos como, *Perfil de la sociedad rural del Cusco a fines de la colonia*. Jan Szeminski colabora en la compilación de Stern con un ensayo que recoge un tema que desarrolló en diversos artículos de revistas y que tiene su expresión más cabal en, *La utopía tupamarista*[16].

La compilación de Stern incluyó también colaboraciones de Leon Campbell y Frank Salomon, con ensayos referidos a ideología y religión y resistencia. Sin embargo, entre los colaboradores de esa compilación, no figuraron otros autores que son fundamentales entre la historiografía moderna acerca de las rebeliones[17].

Sobre las circunstancias concretas de la provincia rebelde en 1780, además de los trabajos de Stavig, tenemos el de John Rowe "Las circunstancias de la rebelión de Thupa Amaro en 1780", quien antes había contribuido con el original trabajo, "El movimiento nacional Inca del siglo XVIII". Y el de Luis Miguel Glave, *Vida, símbolos y batallas. Creación y recreación de la comunidad indígena*[18].

Otra antología de importancia fue la dirigida por Luis Durand, *La revolución de los Túpac Amaru. Antología*. Comisión Nacional del Bicentenario de la Revolución Emancipadora de Túpac Amaru (Lima, 1981).

La época del gobierno militar peruano, que coincidió con el bicentenario de la rebelión y el sesquicentenario de la Independencia, fue de un

con esos estudios. Los otros autores, presentan trabajos que entonces iban en marcha y luego fueron terminados.

16. Alberto Flores-Galindo colaboró con un ensayo que adelantaba el título de su trabajo más completo, *Buscando un inca*. Editorial Horizonte (Lima, 1988). Antes, Flores Galindo hizo una compilación bajo el título de, *Túpac Amaru II-1780*. Antología. Retablo de Papel (Lima, 1976). El autor escribió para el efecto un ensayo "Túpac Amaru y la sublevación de 1780", donde desarrollaba ideas que presentó en un trabajo que se difundió en diversas versiones mimeografiadas, "El carácter de la sublevación de Túpac Amaru: algunas proposiciones". (Lima, 1975). En la Antología, publicó ensayos de peruanistas como Oscar Cornblit y peruanos como Lorenzo Huertas.

17. Especialmente Scarlett O'Phelan Godoy, que entre numerosos trabajos, tiene el indispensable, *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1783*. Centro Las Casas (Cusco, 1988), que también fue editado primero en inglés. El otro ausente fue Jurgen Gölte, autor de *Repartos y rebeliones. Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1980). El esquema de Golte ha sido motivo de críticas y visiones diferentes y nuevas, como la del propio Stern y la de Ward Stavig "Ethnic Conflict, Moral Economy, and Population in Rural Cuzco on the eve of the Thupa Amaro II Rebellion". *Hispanic American Historical Review* 68:4 (1988), extendida en su tesis doctoral por publicar. Sobre economía moral en el contexto andino, Brooke Larson desarrolla "Explotación y economía moral en los Andes del sur andino: hacia una reconsideración crítica". En: Frank Salomon y Segundo Moreno (eds.), *Reproducción y transformación de las sociedades andinas, siglos XVI-XX*. Abya-Ayala (Quito, 1991), que reúne un excelente grupo de trabajos complementarios de la visión de resistencia que desarrollan los colaboradores de *Resistance, Rebellion...*

18. John Rowe, "Las circunstancias de la rebelión de Thupa Amaro en 1780". *Revista Histórica* XXXIV (1984), "El movimiento nacional Inca del siglo XVIII". *Revista Universitaria del Cusco* 107 (1954). Luis Miguel Glave, *Vida, símbolos y batallas. Creación y recreación de la comunidad indígena*. Fondo de Cultura Económica (Lima/México, 1992).

gran impulso para el tema. Aparecieron las antologías de Flores-Galindo, de Durand, de Severo Aparicio por el Comité Arquidiocesano para el bicentenario de Túpac Amaru, *Túpac Amaru y la iglesia*. Antología (Cusco, 1981). Pero sobre todo, la monumental *Colección documental de la Independencia del Perú*, en 96 volúmenes (Lima, 1971-1976), indispensable fuente para la historia de fines del siglo XVIII. En España, los estudios al respecto de la Independencia tuvieron un magnífico ejemplo en el libro de Ascensión Martínez Riaza sobre la *Prensa doctrinal en la Independencia, 1811-1824* (ICI, Madrid 1985), tema poco estudiado hasta entonces.

En cuanto a documentos publicados merece citarse la colección de trece volúmenes de la *Revista del Archivo Histórico del Cusco*. Donde colaboraron autores clásicos como Jorge Cornejo Bouroncle, Horacio Villanueva Urteaga y Manuel Jesús Aparicio, quien luego participara en la *Colección documental...*

En la literatura tradicional sobre sublevaciones, el autor que más contribuyó y que sigue siendo indispensable es Boleslao Lewin con su monumental, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*[19]. En el Perú, en la década de 1940, Francisco Loayza hizo otra obra de difusión muy importante sobre la rebelión de Juan Santos y sobre Túpac Amaru.

La siguiente conmoción historiográfica fue el centenario de la Guerra del Pacífico. También en ese escenario de recuerdos, gracias fundamentalmente a Nelson Manrique, el campesinado, las estructuras rurales regionales, tomaron el centro de la reflexión. Esa fue la coyuntura que inspiró la última gran contribución historiográfica de don Jorge Basadre, donde el gran historiador de la República mostraba su renovación metodológica y el peso de las coyunturas sobre el sentir de los historiadores.

Finalmente vendría la "celebración" del V Centenario de la invasión española, cuya presencia en el imaginario colectivo de los campesinos y los jóvenes ha sido lo más saltante. De alguna manera —que el autor de estas notas pudo apreciar directamente a través de una masa de dibujos que se presentaron a un concurso de pintura y dibujo campesino— los males del presente fueron cargados a la cuenta de la Conquista y los viles españoles, descargando las conciencias de las culpas contemporáneas. Mientras que las condenas o las reacciones de apoyo —básicamente debidas a la evangelización— se sucedían, los historiadores publicaron libros de tipo colección (Millones, Manrique), revistas a propósito (*Allpanchis*), pero, salvo Gustavo Gutiérrez que adelantó trabajos al respecto, que eran parte de su larga investigación, en el Perú no hubo nada parecido a lo que los españoles hicieron en 1992. Efectivamente, en España se publicaron libros, colecciones,

19. Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana* (Buenos Aires, 1957).

enciclopedias, en un despliegue editorial sin precedentes para la historiografía andinista, que sin embargo está prácticamente fuera del alcance de los estudiantes y de gran parte de los historiadores.

Así, los tres nudos de la historia y de la identidad nacionales: Conquista, Independencia y Guerra del Pacífico, encontraron un momento de reflexión y debate colectivo que tenía que ver con las opciones que entonces se barajaban para el futuro de una sociedad que obviamente se estaba transformando.

2. CRECIMIENTO Y CAMBIO DESDE LA HISTORIA RURAL Y REGIONAL

Dentro de este panorama global, donde el indio colonial y el campesino republicano han tenido un creciente protagonismo en el interés de los estudios, la especialización es algo que ha surgido entre los historiadores. Esa especialización ha estado hegemonizada por la historia agraria en general, dentro de la cual se han ido generando tendencias e intereses particulares. Esto ha sido un producto natural de la historia peruana contemporánea. No una influencia de las escuelas historiográficas.

La importancia del *Seminario de Historia Rural Andina* no se puede medir por la difusión de sus trabajos impresos en mimeógrafo y con cortos tirajes. Desde 1975 en San Marcos y con Pablo Macera a la cabeza, el seminario nucleó a un grupo de diferentes edades en el trabajo con fuentes inéditas y en la renovación de las metodologías. La influencia del Seminario y peculiarmente de Macera fue un hito en el desarrollo de la historia rural. Lo señala el propio Macera: si tuvo tanto éxito fue porque había una receptividad general en el país por los problemas del campo. Era un canal institucional y académico de las preocupaciones que desde distintas vertientes los historiadores habían desarrollado y en las que la Reforma Agraria de 1969 y su coyuntura eran la causa más evidente. Los temas de la historia agraria, la hacienda rural, las relaciones de trabajo, el mercado de tierras y finalmente los precios, tenían en este seminario más bien un semillero.

Cabría sin embargo un añadido en este momento pues en el campo de los estudios de "haciendas" fue un generalizado interés en Latinoamérica el que entonces se notaba. En el seminario de San Marcos como en otros centros de investigación histórica, la hacienda agropecuaria fue un tema central de estudio. No por nada, el telón de fondo en el Perú era la reforma agraria que pretendía acabar con lo que en la historia habían significado las haciendas. Trabajos como el de Burga sobre el Jequetepeque, el de Polo y la Borda sobre Pachachaca, el de Keith sobre las haciendas de la costa, el de Mörner sobre Cusco, Cushner sobre las viñeras jesuitas, Ramírez-Horton sobre las haciendas norteñas, Davies sobre Arequipa, Glave y Remy sobre

Ollantaytambo[20], eran sólo expresión de una preocupación metodológica más amplia que Pablo Macera había desarrollado en trabajos más dispersos y sueltos, que luego se agruparon en sus famosos *Trabajos de Historia*. Pero también, eran acompañados por el mismo interés temático en América en ganeral, donde trabajos como los de Chevalier —que también estudió Perú[21]— Borah y Florescano, cambiaron la historiografía mexicanista y motivaron investigaciones de norteamericanos y franceses sobre las haciendas en toda América Latina. El simposio de la Comisión de Historia Económica de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) que se realizó en Roma a inicios de los años setenta fue el hito más importante en este interés[22].

Pero regresando propiamente al proceso de la historia peruana tenemos que junto con la importancia y la influencia del Seminario de Macera en San Marcos, el Archivo Agrario abría sus puertas a un grupo de jóvenes estudiosos entusiastas. Los documentos que se rescataron de las administraciones de las haciendas que afectó la reforma agraria fueron tal vez uno de los resultados más importantes de la reforma. Protegido del fracaso que tuvieron otros logros de semejante suceso histórico, el valor de ese material "afectado" por la reforma agraria, dio frutos invalorables que sólo la desidia y la incuria más penosas de nuestra administración pública han puesto a pique de perderse por la desaparición física de aquellos cerros de papeles depositados modestamente en una casona del Rímac y que fueran protegidos por uno de los más importantes cultores de la historia agraria peruana, Humberto Rodríguez. Hace unos años decir esto hubiera resultado una verdad de perogrullo, hoy resulta siendo de una originalidad que no remite a la sorpresa sino a la lástima de los senderos perdidos.

La revista *Campesino*, vinculada a la Confederación de Campesinos del Perú (CCP), otrora baluarte de un grueso de la población campesina y seno de los más importantes debates de la investigación y la militancia agraria, fue una tribuna para la expresión de los que trabajaban los materiales que se encontraban en el Archivo Agrario[23]. Una sección de una revista de comba-

20. Manuel Burga, *De la encomienda a la hacienda capitalista en el valle de Jequetepeque, siglo XVI al XIX*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1976); Jorge Polo y la Borda, *La hacienda Pachachaca: autoabastecimiento y comercialización*. BPHES (Lima, 1976); Robert Keith, *Conquest and Agrarian Change: The Emergence of the Hacienda System on the Peruvian Past*. Harvard Historical Studies (Harvard, 1976); Magnus Mörner, *Perfil de la sociedad rural del Cusco a fines de la colonia*. Universidad del Pacífico (Lima, 1979); Nicolas Cushner, *Lords of the Land: Sugar, Wine and Jesuit State of Coastal Perú, 1600-1767*. SUNY Press (New York, 1980); Susan Ramírez-Horton, *Patriarcas provinciales. La tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial.* Alianza América (Madrid, 1991); Keith Davies, "The Rural Domain of the City of Arequipa, 1540-1665". Ph D. diss. University of Connecticut (1974); Luis M. Glave y María I. Remy, *Estructura agraria y vida rural en una región andina, Ollantaytambo entre los siglos XVI-XIX*. Centro Las Casas (Cusco, 1989).

21. François Chevalier, "Temoignages literaires et disparité de croissance: L'expansion de la gran propieté dans le Haut-Perou aux XXe siècle". *Annales* 21 (1966).

22. Enrique Florescano (ed.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina.* Siglo XXI (México, 1975)

23. *Campesino*, revista cuatrimestral de estudios sociales y de polémica, comenzó a publicarse en enero-abril de 1969.

te político, llevaba el ahora peregrino título de "Historia del Perú". Kapsoli, Reátegui, Burga, Caballero y otros, escribían básicamente sobre los movimientos campesinos, tema por el cual la historia adquiría legitimidad y utilidad entre los militantes por la revolución en el campo y en el país. Con tanta influencia que en las páginas del semanario popular más vendido y de mayor influencia y éxito de la historia nacional, *La Jornada* del *Expreso,* diario expropiado, los investigadores agrarios escribían en el marco de una revista destinada a los proletarios de las ciudades.

José Matos Mar desde el Instituto de Estudios Peruanos, desarrollaba entonces una agresiva política editorial, haciendo circular en publicaciones muy accesibles los mejores estudios internacionales sobre la historia y la antropología andinas, junto con los trabajos que en la propia institución se llevaban adelante. Ese sello editorial confería un prestigio inigualable al IEP dentro de la academia peruana e internacional. Es desde ahí que se pusieron al alcance de los profesores y alumnos los trabajos de Murra, Wachtel, Klaren, Sánchez-Albornoz, Bourricaud, Alberti, Fioravanti y Golte. Mientras los trabajos de los peruanos —Burga, Pease, Celestino, Fuenzalida, Mayer, Bonilla— alcanzaron, por la capacidad de difusión editorial del Instituto, una resonancia internacional y popular inigualables. Aunque M. Rostworowski pertenece a ese sello editorial, su trascendencia rebasa esa época y esa institución. El punto central de ese auge fue la realización —al inicio del período que ahora nos ocupa— del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas en Lima en 1970 bajo la coordinación de Matos y el IEP. Luego, no hubo eventos de esa magnitud, aunque algunos acontecimientos de gran importancia, como la visita de Pierre Vilar y la difusión de los trabajos de C. S. Assadourian, tuvieron el mismo vehículo institucional[24].

El Taller de Estudios Rurales del departamento de Ciencias Sociales en la Universidad Católica publicaba textos de trabajo para los estudiantes que circulaban como materiales de estudio en la células de los militantes políticos, en las universidades del interior del país e incluso, entre los cuadros campesinos vinculados a la CCP. Historia del movimiento campesino en el mundo, el papel del campesinado en la historia de las revoluciones mundiales, la historia del campesinado en el Perú y sus movimientos sociales, la estructura de clases —muy vinculada o confundida con las relaciones laborales en el campo— eran los temas que dominaban las publicaciones que se vendían profusamente y que revelaban la vitalidad de los estudios que entonces se hacían en ese centro académico. Junto con sociólogos que —con distintos grados de conciencia hicieron trabajos historiográficos— siguieron distintos caminos como Valderrama y Plaza, Flores-Galindo iniciaba su tarea de convertirse en el más influyente, amable y caracterizado de los historiadores peruanos que surgieron como una tromba de los "maravillosos" años sesenta.

24. Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1982). Los primeros trabajos de Assadourian sobre la influencia de Potosí se publicaron en 1973..

Con esa impronta, todo desemboca en las reuniones sobre problemática agraria peruana. Generadas espontáneamente, tenían algunos impulsores que lograban consenso rápidamente. El primer seminario de ese tipo se realizó en Chupaca (Huancayo) en 1976 y contó con la asistencia de menos de 30 personas —existe una publicación de los resultados. Luego se hicieron reuniones anuales cada vez más exitosas, Huamanga en 1977, Cusco en 1978 y finalmente, en Cajamarca en 1979 fue colectivamente decidido que se suspendían por la densidad de las discusiones y la imposibilidad de registrar avances en tan poco tiempo como cada año. De menos de 30 participantes en Chupaca en el Hotel de Turistas de Cajamarca se abarrotaron más de 300. Ya entonces, la iniciativa de Herman Tillman del Taller de Estudios Andinos en Junín había cedido paso a la organización de Mariano Valderrama que era entonces el representante del Taller de la Católica, a cuyo modelo se organizaban los estudios en muchas universidades de los distintos departamentos del país. Fue el antecedente inmediato del SEPIA (Seminario Permanente de Investigación Agraria) aunque el contenido y las formas cambiaron.

En 1984 se hicieron a iniciativa de FOMCIENCIAS (Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales) reuniones que llevaron a institucionalizar el SEPIA, cuya primera reunión tuvo lugar en Piura en 1985 bajo la dirección de Adolfo Figueroa, quien, junto con otros investigadores de la economía, abrieron un campo de estudio muy fértil sobre la economía campesina renovando el conocimiento del campo peruano y proponiendo herramientas de trabajo sustanciales que se habían desarrollado desde la época de los seminarios anteriores y que ya entonces habían cobrado hegemonía. No nos parece que la reflexión económica sobre el campesinado se hubiera separado de la perspectiva del proceso, de los cambios y del tiempo medio y largo como lo han hecho los estudios económicos —econométricos y modélicos— que se han incubado en la era de los ajustes y de las demandas del neoliberalismo, cuando los programas económicos parecen obviar las ideas y modelos de sociedad que se quieren. Todavía entonces historiadores como Bonilla, Kapsoli, Flores-Galindo, Burga, Rénique, Manrique, O'Phelan y por supuesto Montoya —que sería coordinador del SEPIA— estaban poblando las listas de asistentes en el escenario de la investigación rural más caracterizada.

Poco tiempo después de las primeras coordinaciones que FOMCIENCIAS llevara adelante con la ejecutoría de Adolfo Figueroa, en 1984 también, en Lima, se reunió el Primer Congreso Nacional de Investigación Histórica[25]. El Congreso de Historia reunió a varios cientos —la mayoría provenientes de los departamentos del país— de los cuales un centenar hicieron ponencias. Todos los temas entraron en el debate de los historiadores, pero fue la marca de la historia económica y de la agraria peculiarmen-

25. De esa importante reunión se publicaron compilaciones como *Las crisis económicas en la historia del Perú*. Fundación Ebert (Lima, 1986). Una sección de balance de la historia económica es muy útil, con trabajos a cargo de E. Trelles y C. Hünefeldt.

te, la que puso la firma de los estudios que en ese foro se presentaron. No cabe duda que fueron los estudios de historia agraria los que dominaron los grandes temas en los que se dividió el evento. Desde la arqueología, la etnohistoria, la historia regional hasta la social y política y por cierto la económica.

Las mesas o simposios más concurridos estuvieron coordinados por Alberto Flores-Galindo —Historia social y política: "Violencia y sociedad en el Perú"— y Heraclio Bonilla —Historia económica: "Balance" y "Crisis económicas en la historia del Perú"— que a su vez eran los directores de dos revistas que daban cabida a los estudios históricos nuevos que habían madurado en la década anterior: *Allpanchis* del IPA (Instituto de Pastoral Andina), en Cusco e *Hisla* del Centro de Estudios de Historia Económica Latinoamericana, en Lima. Revistas que habían tomado la posta, junto con *Historia y Cultura* que fundara nada menos que José María Arguedas y continuara Franklin Pease en el museo de Historia, a las tradicionales revistas de los historiadores de la academia. Aunque *Hisla* pretendía un auditorio latinoamericano y por eso difiere en algo del patrón, las tres revistas mencionadas bien podrían ser un tema de varias tesis universitarias acerca de las inquietudes por la historia rural y la irrupción incontenible del "mundo andino" en el escenario de las preocupaciones de los historiadores peruanos que respondían a los requerimientos y preguntas del país en aquel entonces.

Bonilla había animado los debates historiográficos de entonces, aunque nunca se dedicó a la historia agraria. Primero, su acierto fue escribir con agudeza sobre uno de los temas cruciales de nuestra historia: la Independencia[26]. El conocía el siglo XIX y las preocupaciones de la moderna historiografía, así que puso algunos puntos sobre el tapete. El debate fue entre Bonilla como parte de una nueva historia y los oficialistas del gobierno militar y los "historiadores tradicionales". Pero, demostrando que su peculiar estilo polémico —así motivó Bonilla a los que lo seguían en el quehacer historiográfico— no iba sólo sobre los bastiones tradicionales, luego, siempre respecto al siglo XIX —haciendo de la especialización en una época una nueva característica de los estudiosos peruanos de la historia— abrió una suculenta polémica sobre el papel del campesinado en la guerra con Chile, el sentir nacional entre los campesinos y la naturaleza de la construcción de la nacionalidad —otro centenario fue usado como peldaño en el camino de este importante historiador peruano. Esa polémica se realizó con dos representantes de la historiografía marxista o influenciada por el marxismo, una chileno norteamericana que representaba a la joven historiografía norteamericana sobre el Perú, Florencia Mallon[27] —que había trabajado una historia regional y agraria del centro del país— y un joven peruano

26. Heraclio Bonilla (comp.), *La Independencia en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1972).

27. Florencia Mallon, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands.* Princeton University Press (California, 1983).

—que estudió la misma región que Mallon— que se sumaba a los estudiosos de la historia regional y rural, Nelson Manrique.

La impronta polémica de Bonilla se prolongó en el artículo de 1980 en *La Revista*[28]. Esa nota —ya que no artículo propiamente— terminó traducida a tres idiomas y publicada en tantas oportunidades que ninguno de los trabajos de Bonilla puede comparársele. Se trataba de una visión de la historiografía peruana que daba lugar a un "nuevo perfil" de la historia del Perú. Eran un centenar de fichas agrupadas por temas que dieron lugar a una interesante polémica. Franklin Pease, desde una óptica andina, objetó la visión economicista y poco sensible a los fenómenos andinos —Bonilla los hubiera calificado de poéticos— de parte del reseñador; mientras Flores-Galindo y Burga ponían el acento de su crítica en el sesgo extranjerizante de los autores que en el centenar de fichas había compilado Bonilla. Luego de su incursión en los temas campesinos por el debate de la conciencia nacional en la Guerra el Pacífico, Bonilla mostraba que su sensibilidad por lo agrario y por lo andino andaba a la deriva en el mar donde la corriente —con distintas vertientes— hacia esos puertos era defendida por los críticos de su ensayo; ensayo que sin embargo, junto con una crónica de Fred Bronner publicada mucho después en la revista *The Americas*, siguen siendo de los pocos balances publicados sobre la historiografía peruana.

En 1984 —el mismo año del congreso de Historia— el Centro Las Casas de Cusco convocó una primera reunión internacional andina para debatir el tema del Estado y la Región. Se daba cuerpo así a un tema que en la historia había dominado muchos estudios en los años anteriores, la historia regional. El Centro Las Casas vendría luego a institucionalizar sus reuniones creando una comisión de historia y antropología andinas en la CLACSO, tomando de alguna manera el relevo de la vieja y descontinuada Comisión de Historia Económica que lideró Enrique Florescano y retomó Bonilla —el último gran evento que hizo la comisión tuvo lugar en Lima sobre los grandes sistemas coloniales de América hispana en 1986— hasta que los temas de historia económica clásica, que habían renovado los estudios históricos en América Latina, dieron lugar a las preocupaciones antropológicas y "andinistas". En esa transición, los temas de historia regional fueron los más importantes.

Justamente la importancia de centros de estudios regionales como el Bartolomé de las Casas en Cusco o el CIPCA (Centro de Investigación y Promoción del Campesinado) en Piura, obedecía al movimiento social regional, a las demandas por regionalización y al prestigio y vigor que la historia regional y rural había adquirido en todos los ambientes de reflexión académica y política. Junto con los centros regionales de estudio, algunas reuniones de investigación como las de problemática agraria, se llevaron a cabo en las regiones, impulsadas por el CONCYTEC (Consejo Nacional de

28. H. Bonilla, "El nuevo perfil de la historia del Perú". *La Revista* 3 (Lima, 1980).

Ciencia y Tecnología), en un momento único en el que los dineros del estado se canalizaron hacia la investigación. Aunque la temática llevaba el rótulo de Seminarios de Investigaciones Sociales, era la problemática agraria y regional la que regía las preocupaciones de los investigadores. Trujillo (1984), Cusco (1985) Cajamarca (1986), Puno (1987), Iquitos (1988) y Piura (1989) tuvieron eventos de este tipo donde los investigadores de las universidades de las regiones, que habían crecido espectacularmente en la década anterior, podían exponer sus resultados y ventilar las angustias por la crisis que en las regiones se vivía, pero también en las propias casas de estudios de donde eran producto esas investigaciones.

Regresando a los eventos nacionales que marcaron la cristalización de un tipo de preocupaciones, ese mismo año 1984, el Instituto Francés de Estudios Andinos, que entonces tenía a un historiador como su director, realizó otro evento que tenía a las regiones como eje. Los mismos y otros autores peruanos se reunieron en Lima, junto con investigadores franceses y del área andina para animar un evento sobre los estados y las regiones en los Andes. Las actas, con menos éxito de librería que otros eventos, fueron otra marca de la importancia que la región —que devenía de las preocupaciones agrarias en el Perú— tenía como norte de las investigaciones más avanzadas en la historiografía andina[29].

Para la renovación de la historia regional, tres trabajos fueron los que generaron el interés y se constituyeron en orientación metodológica. El de Bonilla sobre Islay[30], un apéndice de sus estudios doctorales sobre la circulación comercial y el desarrollo de la influencia británica en el Perú del siglo XIX, el de Flores-Galindo sobre Arequipa[31], a no dudarlo el más motivador de los trabajos de Flores-Galindo y el que más caló en cuanto a sugerir realmente investigaciones o derroteros para las mismas y, finalmente, el más ambicioso de todos, que coronaba lo que el autor hizo como trabajo de historia, el de Lomas y Puquio de Rodrigo Montoya[32].

La generalización del uso del concepto de "sur andino" se debió al trabajo de Flores-Galindo, mientras en todas las regiones, pequeños y grandes trabajos se hacían al influjo de esta renovación de la historia regional. Algunas zonas fueron privilegiadas, como el Cusco, Puno y el sur en general, pero no faltó alguien que dentro de este nuevo esquema de observación del país, más cercano a las realidades locales, hiciera algún aporte de historia regional para pintar el mapa casi por completo (Jaime Urrutia sobre Ayacucho, Magdalena Chocano sobre Cerro de Pasco y varios otros).

29. J.P. Deler/Y. Saint Geours (comps.), *Estados y naciones en los Andes*. IEP/IFEA (Lima, 1986).

30. H. Bonilla, "Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX", publicado en su compilación documental *Gran Bretaña y el Perú, los mecanismos de un control económico*. IEP (Lima, 1977).

31. Alberto Flores-Galindo, *Arequipa y el sur andino: ensayo de historia regional, siglos XVIII al XX*. Editorial Horizonte (Lima, 1977).

32. Rodrigo Montoya, *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Mosca Azul Editores (Lima, 1980).

Ese interés por las haciendas, las regiones y la historia rural ha ido perdiendo peso. Hoy es un registro del pasado. Revisar la literatura historiográfica de los años ochenta y la más reciente en Colombia, peculiarmente en Cali, en Cochabamba o incluso en el norte argentino, revelará que los temas que la historiografía peruana levantó hace diez y quince años y que hoy han pasado a la esquina de los recuerdos, son vitales para los más nuevos estudios históricos de esos lugares. La bibliografía de esos trabajos está llena de publicaciones de historiografía rural peruana. Es que la agricultura es el eje del desarrollo y de los problemas del desarrollo de esas regiones, lo que ha dejado de ser en el Perú de cambios tan dramáticos en los últimos años.

Otras instituciones del mundo rural han tomado la posta, las comunidades campesinas. Como alternativas de desarrollo o como existencias polémica. Un antecedente de esto fue otra iniciativa de Alberto Flores-Galindo. Creemos que el éxito editorial más interesante de alguna de esas reuniones o temas que comentamos en la mitad de la década anterior fue sin duda el del libro que Flores publicara como resultado de un congreso en Chiclayo en 1986. Con muy pocos recursos y en una sede poco frecuentada por los estudiosos, reuniendo a gente joven que ya había publicado libros o tenía reconocimiento en el medio académico, Flores-Galindo logró un libro cuyas dos ediciones se agotaron rápidamente. El tema fue el de las comunidades campesinas[33]. Así, de las haciendas que habían sido fervorosamente estudiadas en la década de 1970, se fue abriendo paso, a través de la historia regional, una institución de recambio en el interés de los estudios o de la curiosidad por los estudios: las comunidades. En esas instituciones, que además habían sido analizadas con nuevas herramientas por los economistas, se encontraron además los gérmenes del creciente interés por las mentalidades y concretamente, por las formas de mesianismo o milenarismo andino que condujo a la formulación de la idea zarandeada y poco entendida de la *utopía andina.*

A nivel internacional mientras tanto y particularmente en los Estados Unidos, un grupo de jóvenes historiadores que escalaban posiciones en sus centros académicos, se especializaba en la historia andina. Juntaron a los más importantes estudiosos de Europa y de toda América que se interesaban en los Andes y llevaron adelante reuniones especializadas que hacían un ambiente más adecuado para la reflexión específica acerca de esta región que el que se tenía en los grandes congresos de americanistas. Bajo la coordinación y esfuerzo de Brooke Larson, Enrique Tandeter, Steve Stern y Frank Salomon, se llevaron adelante tres simposios internacionales sobre los procesos de constitución de mercado interno y la participación indígena en esos procesos (Sucre 1983), sobre revueltas, resistencia y conciencia campesinas (Madison 1986) y sobre reproducción y transformación de las sociedades indígenas en el largo plazo (Quito 1986). En esos ambientes académicos, la presencia de los investigadores peruanos fue protagónica y, como dentro del país se habían manifestado ya los frutos de una década de

33. Alberto Flores-Galindo (ed.), *Comunidades campesinas, cambios y permanencias*. Centro Solidaridad (Chiclayo, 1987).

reflexiones y publicaciones, fuera también se cristalizaba un ambiente de reflexión y avance académico en el conocimiento de las sociedades andinas. En ese momento, la preocupación por los movimientos sociales iba dando cabida a una preocupación más general por las dimensiones étnicas de la historia andina, los temas indígenas y campesinos eran los centrales, vinculados con la economía (mercados), la sociedad (familia, ayllu, reino, etnia), la política (estado y movimientos sociales) y las mentalidades (mesianismo, utopía, religión).

Conforme la crisis del sistema político, la violencia y la anomia corroían la viabilidad del Perú como país, los desplazados del campo a la ciudad, la desestructuración de las instituciones creadas por la reforma agraria, el centralismo renovado con mayor fuerza a fin de siglo, el fracaso de los movimientos regionales y la crisis de las ideologías, de los partidos y de los gremios, fueron quitando al campesino de la escena política y de la producción historiográfica dominante. Pero también la misma historiografía peruana sufre una crisis cuando el objeto de estudio por excelencia parece perderse en el horizonte. El recambio, en el momento de la transición, parece difuso. Enrique Mayer, un antropólogo peruano radicado en los EE. UU. está abordando un aspecto de este proceso de historia inmediata, haciendo una deconstrucción de la historia y las percepciones de la Reforma Agraria de 1969 y la sociedad rural posterior.

3. BUSCANDO EL INCA

La arqueología nos ofrece un panorama tan rico o más que el de la historia. La raya del registro temporal hacia atrás se ha ido tan vertiginosamente rápido a la aurora de los tiempos, que la fuerza de la experimentación y la creación en el espacio que tuvo el mundo andino, son ahora realidades comúnmente aceptadas y admiradas. Desde la arqueología y desde la etnohistoria, las realidades indias, nativas del espacio andino, creadas en la interacción de hombre y naturaleza, han cambiado la imagen de la historia andina.

Una constatación sin embargo parece curiosamente abrirse paso en la percepción de este cambio del panorama de la historia andina. El mayor prestigio dentro del conjunto lo han venido a detentar los Incas.

Alberto Flores-Galindo tituló a su libro más importante, el más trascendente de los escritos en estos años, con la polémica llamada de *Buscando un inca*[34]. Se refería en algo a los sueños de un personaje de rebeliones y revelaciones oníricas, Gabriel Aguilar en el Cusco de inicios del siglo XIX, que fueron tratados en uno de los capítulos del libro. Pero también a la difusión de la idea del retorno al tiempo justo, en utopías, populares y aristo-

34. Alberto Flores-Galindo, *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Instituto de Apoyo Agrario (Lima, 1987).

cráticas, que se abrían paso a través de los tiempos, los espacios y las coyunturas de la historia del surgimiento del Perú. Los epígonos y los detractores han tenido más papel impreso que el propio libro de Flores-Galindo. Juegos de palabras —poco originales por obvios y repetitivos— a propósito del inteligente título del libro han servido para atraer la atención de lectores para diversos otros planteamientos que, de no ser por su postura frente a Flores-Galindo, no hubiesen tenido mayor interés que las contribuciones adjetivas que eran. Finalmente, sin que ese fuera el intento de su autor, el libro colaboró a levantar el prestigio y el interés por el Tawantinsuyo.

De la *desestructuración* del mundo andino, en concepto acuñado por N. Wachtel, el interés de los lectores de historia andina se trasladó más bien a la estructuración del Tawantinsuyo y María Rostworowski culminó largos años de investigación en un libro de historia que no conoce competencia en cuanto a ejemplares vendidos[35].

Junto con M. Rostworowski, los nombres de J. Rowe, R.T. Zuidema, J. Murra, F. Pease y W. Espinoza Soriano son los más conocidos de entre los estudiosos que han hecho los aportes más sólidos al conocimiento histórico andino, terminando en el análisis del Tawantinsuyo. Ya antes M. Godelier con su famoso artículo "Qué es definir una formación económico social: el ejemplo de los Incas" y E. Choy con sus planteamientos sobre la supuesta esclavitud en los incas, tuvieron la primera difusión masiva que preludiaba el auge de los estudios incas[36]. Entre otros de esa época se deben incluir también los trabajos de E. Guillén y J.J. Vega.

Los incas son lo más prestigioso y saltante del mundo andino. Sus autores académicos no son sin embargo estudiosos "anti" otras etnias. Todo lo contrario, la etnohistoria abrió los ojos al conocimiento de la multietnicidad de ese mundo andino que se comenzaba a imponer como horizonte de estudios. En el imaginario colectivo, son los señores nativos, los grandes personajes de poder ilimitado, los que más atraen la atención de la curiosidad por el pasado andino. La multiplicidad de este espacio peruano se prepara para algunas diversificaciones al futuro, los estudios de la arqueología básicamente y de la etnología que seguirá, nos presentan un panorama muy importante a propósito de una figura que tiende a ser otro tópico de identidades recreadas, el ya famoso Señor de Sipán en el norte peruano, en Lambayeque.

4. BUSCANDO CAMINOS ANDINOS

Tal vez la manera más clara en la que el "príncipe de los cronistas" don Pedro Cieza de León dejara exhalar su real admiración por la sociedad andi-

35. María Rostworowski, *Historia del Tahuantinsuyu*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1988).

36. Ambos artículos han aparecido compilados en un exitoso libro editado por Waldemar Espinoza, *Los modos de producción en el imperio de los Incas*. Editorial Amaru (Lima, 1981).

na fue cuando describía los caminos de los incas. Cómo los pudieron hacer se preguntaba, con qué instrumentos allanaron los montes y quebraron las peñas para ponerlos tan grandes y soberbios. Escribiendo para los que conquistaban tan dilatados territorios, Cieza quiso patentizar que el asunto no era sólo un aspecto exótico, por lo que subrayaba que ni el propio rey de España, el más poderoso emperador del mundo, con todo su poder podría hacerlos. Muy posteriormente, también fue el amor a esta tierra el que llevó al recordado librero, al fin de su vida Director de la Biblioteca Nacional, don Juan Mejía Baca, a usar ese testimonio del cronista como insignia de la tarea que los investigadores tenían para conocer tan admirable capacidad social de los habitantes andinos. Justamente, las preguntas de Cieza y las demandas de Mejía Baca, junto con el afán de ampliar los horizontes que la economía regional cusqueña —peculiarmente de las haciendas (influidos por las corrientes temáticas de entonces y los preocupaciones de la sociedad) que el autor estudió con M.I. Remy[37]—ofrecían, llevaron a estudiar la economía de los caminos, de los tambos y del trabajo campesino en la circulación comercial en la colonia[38]. Esos estudios permitieron encontrar algunos derroteros de trabajo, que luego han sido desarrollados por estudios locales y regionales, en diversos centros universitarios y de promoción en las ciudades andinas.

El interés por los *trajines* que terminó en la publicación del libro aludido, no era una preocupación aislada. Otros estudios, de época diversa, pero interesados en los caminos y la circulación, fueron uno de los puntos nodales de una época en los estudios históricos. Curacas comerciantes en la época de las grandes rebeliones fueron estudiados por S. O'Phelan. J. Urrutia trabajó con los comerciantes de Huamanga que retejían el espacio de la sierra sur central[39]. M. Chocano se abocó al tejido espacial de las rutas en Cerro de Pasco[40]. En el sur y desde el ámbito indio, los llameros fueron estudiados por J. Flores Ochoa[41]. En el norte, la historiadora argentina S. Palomeque reconstruyó la región de Cuenca, en el actual Ecuador, estrechamente vinculado con el actual norte peruano[42]; mientras Merlino avanzaba en las rutas del norte argentino. Todos influidos por la renovación interpretativa que trajo el conjunto de ensayos que hizo Carlos Sempat Assadourian[43].

37. Luis Miguel Glave y María Isabel Remy, *Estructura agraria y vida rural... op. cit.*

38. Luis Miguel Glave, *Trajinantes, caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI-XVII.* Instituto de Apoyo Agrario (Lima, 1989).

39. Jaime Urrutia, *Comerciantes, arrieros y viajeros huamanguinos, 1770-1870.* Universidad San Cristóbal de Huamanga (Ayacucho, 1982). De Urrutia se ha publicado en México, "Mercancías y tejidos en Huamanga, 1779-1818", en Jorge Silva, Juan C. Grosso y Carmen Yuste (comps.), *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII y XIX*. Instituto Mora (México, 1995).

40. Magdalena Chocano, "Circuitos comerciales y auge minero en la sierra central", *Allpanchis* 21 (Cusco, 1983).

41. Jorge Flores Ochoa, *Pastores de puna.* Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1977).

42. Silvia Palomeque, "Loja en el mercado interno colonial", *Hisla* II (Lima, 1983).

43. *El sistema... op. cit*. Que fue precedido de una compilación de artículos ampliamente influidos por sus planteamientos, titulada *Minería y espacio económico en los Andes*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1980). Ya antes, circuló su famoso artículo "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial", en una versión preliminar publicada por la revista

Por el lado de la minería, la región y el espacio fueron trabajados en el mismo contexto de los estudios de Assadourian, por Carlos Contreras, un verdadero especialista en la materia[44].

Finalmente, nuevamente sobre los caminos en general y desde la historia contamos una espléndida publicación en España de manos de R. Serrera.

Mientras esto se hacía en el gabinete de trabajo de historia, otras preocupaciones similares, pero en el campo y desde la arqueología, mostrarían que la inquietud, que no era aislada, respondía a una demanda del paisaje peruano y de su sociedad.

Un trabajo señero de la arqueología andina fue el de John Hyslop. El desarrolló una investigación ejemplar que culminó en la publicación de su libro *The Inka Road System* en 1984. La parte descriptiva de los recorridos que el equipo de Hyslop realizó por las zonas de estudio, que cubrieron el Cañar-Azuay del actual Ecuador, Cochabamba en Bolivia, Atacama y Santiago en Chile y Calchaquí-Tastil y Ullapata-Mendoza en Argentina, Cañete, Pisco, Huánuco y la zona lacustre del Titicaca en nuestro actual Perú, muestra la envergadura de lo que los estudios nuevos deben entender por mundo andino. Expandido y presente hoy día mismo en zonas como el norte de Argentina y Chile y en los llanos venezolanos.

En algunos momentos es importante evaluar lo que los investigadores hicieron y cómo lo hicieron. Más allá de las virtudes o defectos del contenido de sus obras, determinar el momento académico e histórico en el que trabajaron, se hace necesario para conocer bien el propio contenido de lo publicado y muchas veces, de lo que permanece sin publicar. El libro de Hyslop fue la saga de un tipo de trabajo multidisciplinario que dio origen a una vigorosa corriente de etnohistoria andina cuya figura más caracterizada es la del profesor John Murra. Desde fines de los años sesenta, antropólogos, arqueólogos, historiadores, folcloristas y trabajadores de campo emprendieron un lento pero muy concreto trabajo de rescate documental, monumental, de registro oral y simbólico. Es la época de conjunción de trabajos tan importantes como los de J.M. Arguedas y E. Morote en el folclor.

Fruto de esas experiencias de campo, que significaban largas estadías en los lugares de estudio, como Huánuco, el área del Titicaca, Cañete y otros puntos de la costa y de la sierra, surgieron publicaciones de fuentes documentales, de estudios de caso, de registros arqueológicos pero, sobre todo, una nueva manera de acercarse al mundo andino. Los arqueólogos caminaron con los antropólogos y se informaron mutuamente. Este estudio arqueológico de los caminos incas no hubiera sido posible sin la participa-

Economía 1/2 (Lima, 1978), corregida, aumentada y reeditada varias veces, uno de los ensayos más influyentes de la nueva historiografía económica de esos años.

44. Carlos Contreras, *La ciudad del mercurio*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1982); *Mineros y campesinos en los Andes*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1987).

ción de los antropólogos. El conocimiento antropológico de las técnicas agrícolas y el manejo del espacio en el valle de Cañete recibió el aporte de los arqueólogos. Las grandes ideas para interpretar el manejo del espacio y entender la estructura y la dinámica de las sociedades andinas, cobraron una fuerza tal, que todavía hoy, a treinta años del surgimiento de esa corriente de interpretación y trabajo científico, siguen rigiendo los marcos teóricos y la información bibliográfica de las tesis y los libros sobre estas sociedades andinas. Para apelar a algo mejor y más ampliamente conocido, por ejemplo, la idea matriz, polémica, corregida o reafirmada, del control vertical de pisos ecológicos en las sociedades andinas, se desarrolló en esos años de fecundo trabajo multidisciplinario.

Como se mencionaron en acápite anterior los eventos de historia que marcaron el interés central que animaba a los investigadores, conviene recordar aquí las Jornadas del Museo Nacional de Historia, sobre Etnohistoria y Antropología Andina. La primera tuvo lugar en 1976 y la segunda en 1979. El Museo, que había tenido la animación original de José María Arguedas, siguió con una línea de trabajo donde los nombres de F. Pease, M. Rostworowski, F. Silva Santisteban, E. Mayer, L. Millones y otros, sellan un grupo de preocupación que ha marcado la historiografía peruana con el sello andino. Los conceptos andinos, la mirada nueva a los documentos occidentales desde la perspectiva de los habitantes andinos de ayer y de hoy, rigieron las preocupaciones de estos encuentros que fueron el hito de esta corriente que se desarrollaba con fuerza en los medios académicos peruanos y andinistas. Como en los casos anteriores, una tribuna editorial representó esta corriente, la revista *Historia y Cultura*, cuyo valor y permanencia todavía están por ser reconocidos[45].

Caminar por los países andinos nos pone en evidencia la importancia de la vialidad. Por supuesto que metodológicamente, una de las entradas más llamativas para el conocimiento de la historia total de una sociedad es sin duda su trazado del espacio a través de sus vías de comunicación. Lo que la historiografía francesa enseñaba a trabajar en las relaciones entre el hombre y el espacio en el tiempo. Pero ello adquiere connotaciones singulares en el caso andino, pues no se trata sólo de relaciones económicas en el sentido clásico, se trata de una forma de entender la sociedad y el mundo. No fue sólo la manifestación del poder de un estado en torno a un espacio, un poder que se construía con cada uno de los 23,000 kilómetros de caminos que tuvo el *Qhapacñan* (camino principal) y las vías que lo alimentaban, sino también el vínculo entre lo real y lo sobrenatural, entre la tierra y los dioses, entre lo superficial y lo profundo. Estas son sólo algunas de las muestras de la trascendencia de estudios como el de Hyslop para el entendimiento de la sociedad inca y también el de las sociedades andinas a través del tiempo.

45. De similar valor debe considerarse la *Revista del Archivo Nacional del Perú*, luego Archivo General de la Nación; aunque de carácter más documental, en su época más reciente (1972) albergó en sus páginas nuevos aportes historiográficos.

La información más fácil de demandar, como las distancias, las tecnologías —los puentes por ejemplo— el tráfico, las características físicas, las direcciones y la forma del mantenimiento, viene acompañada de aproximaciones menos evidentes a la curiosidad más convencional. Es el caso de los *tampu* (los tambos que los españoles redefinieron como mesones o ventas de los caminos) y el sistema de comunicaciones en base a *chaskis* (mensajeros) que requerían de paradas y postas que se denominaban *chaskiwasis.* La distancia se mide no sólo con las medidas convencionales, unidades de medida fijas que occidente nos trajo; en el mundo andino, el manejo de la energía humana, en relación con las dificultades del espacio con el que las sociedades convivieron en armonía y equilibrio, determinaba formas de medición, de utilización del espacio, que el conocimiento y la técnica occidental no supieron aprehender y conservar —como pretendemos mostrarlo en el trabajo sobre trajines y tambos en los Andes coloniales. Por eso, la aproximación a estos tópicos por ejemplo, permite un conocimiento de formas de tecnología, de concepciones del maneja de los recursos humanos y de la adaptación al espacio, que quedan como sugerencias para estudios que puedan perfilar una proyección futura de las comunicaciones andinas, que supere las deficiencias que el mismo espacio magnífico de los Andes ha dejado en las redes viales que hoy subsisten en un país desarticulado.

La movilización masiva en el espacio peruano en el último cuarto del siglo XX hacía mirar el espacio y sus tejidos sociales en el tiempo, la migración, las redes de abasto y, por cierto, el cambio social del que eran activos personajes los pobladores de un país agrario que dejaba de serlo.

5. DESOLACIÓN, VIOLENCIA, CAMBIO: EL SIGLO XVII VISTO DESDE EL FIN DEL XX

En un primer momento, empujados por una cierta familiaridad con la documentación y la época y luego, seguros de la trascendencia de los temas que aparecían en una época —por lo demás— la menos conocida de nuestra historia, el autor se dedicó a estudiar distintos tópicos de la historia andina en el siglo XVII. Luego, como otros "colonialistas" nos hemos preguntado por esa elección de época. Justamente, en una conferencia en Quito, el historiador ecuatoriano Galo Ramón preguntó —refiriéndose al trabajo de varios a los que llamó "limeños"— si no sería que los estudios que tan empáticamente se desarrollaban sobre el siglo XVII andino fueran una evasión de los problemas peruanos de fin del siglo XX y no —como tratábamos de explicar al auditorio— suscitados por justamente esos problemas a los que se intentaban entender en panorama. Ya en el Perú y peculiarmente en Lima discutíamos lo mismo, en relación con la acusación muy repetida a los historiadores de idealizar en el pasado sus utopías del porvenir. Eran épocas muy duras, tres lustros de violencia y guerra, entre 1980-1995. Hoy los peruanos creen que ese ciclo se cerró. Por eso usaremos la primera persona para comentar ese debate de hace muy poco. Creía —y creo— que si efectivamente usara el estudio para salvar mi espíritu de la dolencia del Perú de

fin de siglo, lo tomaría personalmente como justificado, pero que no animaba ese sentimiento a la hora de trabajar sobre esa época tan lejana con los ojos y los pies bien puestos en el Perú de hoy.

En un didáctico libro de Manuel Burga[46], citando a Ruggiero Romano, se afirma que luego de la tragedia demográfica y cultural de la conquista, en los Andes había falta de mano de obra pero abundancia de tierras, los indios se autoabastecían y —aunque fuera una paradoja de la desgracia— no sufrían hambre. El hambre y la densidad de gente que parece explotar en estos tiempos, son fenómenos de esta época contemporánea. La imagen —certera y aguda sin duda— no es suficiente y adecuada. Justamente por eso los estudios de historia del siglo XVII vienen a cuento y responden a las preguntas del Perú de hoy.

Da la impresión que los niveles de vida de los pobladores andinos, las condiciones de su supervivencia, la calidad de sus entornos sociales y ambientales, el tipo de sus imaginarios colectivos, eran de tales características, que he sostenido que la calidad de la vida se había reducido a su mínima expresión. Es probable que ello se haya podido realizar porque el hambre como fantasma cotidiano no aparecía en esa sociedad rural, pero eso no niega que el fardo que pusieron a sus espaldas los diezmados menos de un millón de indios andinos del siglo XVII para RESISTIR como sociedad y como cultura, fuera tan pesado como los largos trayectos que recorrían en las altas estepas, llevando con sus frágiles animales, cargamentos de mercaderías que debieran admirar a cualquiera en cualquier momento de la historia y del espacio.

La desolación que se debió sentir, el carácter violento de las relaciones y de las propias condiciones de vida y la vivencia incierta del cambio histórico, social e individual, emparentan esa historia con lo que los peruanos vivimos hoy en día y peculiarmente los habitantes de las poblaciones rurales y —más ampliamente—provincianas.

Vistas las condiciones del “ajuste” y añadido el factor históricamente nuevo y acrecentado de la pobreza y el hambre, algunos nos preguntamos por qué no explotaba todo. Porque no ha explotado. La dinamita y el “anfo” han podido calar los huesos de los limeños, pero no han movido a la revolución a las masas que más bien parecen aceptarlo todo sin chistar. Sin embargo, algunos procesos tienen que estarse dando en la base, en la vida cotidiana, como ocurrió con los antecesores populares del siglo XVII, para RESISTIR y reproducirse como sociedad y como cultura. Ese es el contenido general de la idea que he sustentado en el estudio del siglo XVII andino.

Un cuadro realmente importante es el que ya se puede reconstruir de la vida de la gente en los campos andinos en el siglo XVII. Esto es un paso

46. Manuel Burga, *Para qué aprender historia en el Perú*. Derrama magisterial (Lima, 1993).

adelante, pero se hace sobre la base de propuestas dispersas, poco difundidas y conocidas. El terreno de la vida de los naturales en el campo fue escenario de la disputa por los recursos en medio de los cambios sociales, políticos y culturales del siglo XVII. Los tormentos burocráticos por la disminución de las rentas y de la autoridad dieron como resultado no sólo la inacción, el dejar pasar las cosas, también se hicieron algunas pesquisas de indudable interés. Fue el caso de los padrones que se mandaron hacer a los doctrineros de los pueblos sujetos a la mita de Potosí en 1645. Algunos trabajos que se llevan adelante se sustentan en un análisis de esos padrones. La laboriosidad de los historiadores que se dedican a analizar estas fuentes es tan encomiable como la que los curas desarrollaron al tomar los datos en el momento en que se hicieron los padrones.

Luego de las largas polémicas respecto al aumento de los indios fugados de sus reducciones y el creciente incumplimiento de la mita de Potosí, el virrey Marqués de Mancera (1639-1648) ordenó que los curas o párrocos de los pueblos sujetos a esa mita, hicieran una numeración de los indios originarios y de los forasteros —que eran los que realmente interesaban— sin ocultar —ni permitir que nadie oculte— ninguno. Los padroncillos, en muy variado formato y estado de conservación, se guardan en el Archivo General de la Nación en Buenos Aires y han sido trabajados gracias al esfuerzo de Thierry Saignes ("Nuevas fuentes para la historia demográfica del sur andino colonial")[47]. Su presentación como materiales importantes para la historia de los hombres andinos en el siglo XVII ha sido hecha por Nicolás Sánchez-Albornoz ("Migraciones internas en el Alto Perú. El saldo acumulado en 1645") quien además ha hecho varias aproximaciones locales en base a este material ("Migración urbana y trabajo. Los indios de Arequipa,1575-1645". "Mita, migraciones y pueblos. Variaciones en el espacio y en el Tiempo. Alto Perú, 1573-1692". "Migración rural en los Andes. Sipesipe"[48]. Antes habían llamado la atención sobre estos padrones Silvio Zavala (*El servicio personal de los indios en el Perú*) usando los datos consolidados que hizo el contador oficial de entonces, don Felipe de Bolívar, como también lo practicó C. S. Assadourian. Es decir, una variedad de trabajos muy finos que han aparecido publicados en los más variados lugares.

47. La contribución del desaparecido historiador francés Thierry Saignes a la historia demográfica y social de esta época es insuperable. Ver por ejemplo: "Lobos y ovejas: formación y desarrollo de los pueblos y comunidades en el sur andino", en Frank Salomon (*et al.*) *Reproducción y transformación de las sociedades andinas, siglos XVI-XX*, Abya-Ayala (Quito, 1991); "Las etnías de Charcas frente al sistema colonial (siglo XVII). Ausentismo y fugas en el debate sobre la mano de obra indígena". *Jarbuch fur geschichte...Lateinamerikas* 21 (Bonn, 1984); "Ayllus, mercado y coacción colonial: el reto de las migraciones internas en Charcas (siglo XVII)", en Olivia Harris, Brooke Larson y Enrique Tandeter, *La participación indígena en los mercados surandinos*, CERES (La Paz, 1987); *Caciques, tribute and migration in the Southern Andes. Indian society and the 17th century Colonial order (Audiencia of Charcas)*, Occasional paper, University of London (Londres, 1985); y un artículo polémico con Manuel Burga, "¿Es posible una historia 'chola' del Perú?", *Allpanchis* 35/36 (Cusco, 1990).

48. Sánchez-Albornoz es el gran introductor del análisis demográfico en este período. Su primer libro al respecto es un clásico, *Indios y tributos en el Alto Perú*. Instituto de Estudios Peruanos (Lima, 1978). Le siguieron los artículos mencionados en el texto.

A mediados del siglo XVII existían pueblos en donde la mayoría de los pobladores eran los llamados *forasteros*, que formalmente no pagaban tributo ni cumplían con la mita. Problemas por la falta de *mitayos* y la disminución apremiante de los montos que se recaudaban por tributo, acompañaban un panorama de poblamiento desolador, con pueblos abandonados y un paisaje social muy complejo en el mundo indio. El estudio de este proceso histórico requería de nuevas aproximaciones metodológicas que los estudios mencionados contribuyeron a generar. A los trabajos que el que escribe ha realizado, se suman los de A. Withman, K. Powers, S. Austin Alchon, K. Andrien y por supuesto B. Evans, todos ellos andinistas en los Estados Unidos básicamente.

El historiador chileno Rolando Mellafe —que junto con Alvaro Jara en los años sesenta animara la renovación de la historia andina— ha llamado luego la atención sobre la importancia de estos movimientos poblacionales o migraciones, que se presentaban como producto de estrategias indias para ocultarse o por intereses de los nuevos agentes económicos. Citemos a Mellafe:

> "la sociedad colonial fuertemente estructurada en estamentos, apegados a derivaciones étnicas, no se presta para ser estudiada con la metodología que actualmente emplea la sociología para el estudio de clases sociales o grandes conglomerados de individuos homogeneizados por la técnica, la cultura o los aspectos económicos. Acá el concepto de poder y de riqueza es distinto, al paso que la sensación de identidad y pertenencia a un grupo descansa en una distinta conformación mental. En estas circunstancias la investigación sobre la comunidad y la familia parece lo más indicado para comenzar a comprender aquella sociedad" (*Historia social de Chile y América*).

En ese sentido interesan los estudios sobre la familia y el poblamiento indio que se llevan adelante, por los historiadores mencionados y otros varios más, pensando en entender la dinámica india y campesina de los Andes. Es interesante notar que en ese grupo de investigadores, varios pertenecen a una corriente de historia andinista que se desarrolla en Buenos Aires —donde se encuentran los documentos más sustanciosos de esta época que comentamos— y el norte argentino, impulsada por E. Tandeter y A.M. Lorandi.

El tamaño de la familia no se puede establecer con ninguna precisión en la historia colonial, los casos son muy variados, como variadas eran las fuerzas que marcaban la cotidianidad de las familias. Entre éstas tenemos la presencia de mitas más o menos aceptables, la injerencia de fuerzas extrañas a la economía comunitaria, la cercanía de las ciudades, los vínculos personales de dependencia y el poder de las autoridades indias y de los señores españoles, la ubicación geográfica, etc. Podemos ver casos donde las familias no existían como núcleos de población, otros donde las familias eran extensas y se confundían con el ayllo (ayllu), otros donde la matrifocalidad era predominante por la ausencia de los hombres. En cualquier caso, la inestabilidad en el registro que tenemos del tamaño y tipo de familia, se debe a la

gran movilidad que los indígenas tenían en el espacio. Diríamos que el siglo XVII fue un verdadero universo social volátil, donde se retejieron las identidades, las filiaciones y por supuesto, las relaciones de producción.

Sintetizando esta variedad de estudios que mencionamos, David Robinson y Brian Evans, han subrayado por su parte el gran movimiento que tenía la población india colonial. Las migraciones, el establecimiento de conjuntos abigarrados y no planificados en las ciudades andinas, la transmutación de hombres y mujeres entre pueblos, comunidades, ciudades y centros poblados de empresas agrarias, fue un fenómeno fundamental en la constitución de las bases humanas del tipo de economía que se desarrolló en la época colonial. La capacidad de obtener recursos fiscales por el estado, la posibilidad de producir en determinadas condiciones, desde la apropiación de los recursos hasta el acceso a la mano de obra, el tipo de evangelización y por cierto, las condiciones elementales de las familias y la socialización de los individuos, estuvieron marcados por el fenómeno social y económico más importante de la primera época colonial, la movilidad de la población o migración.

Por cierto que otras épocas de la historia colonial, no sólo ésta del siglo XVII que aparecía como menos conocida, han merecido importantes aportes. Efraín Trelles y Rafael Varón (que acaba de publicar su tesis, muy documentada sobre las empresas de los propios hermanos Pizarro luego de la conquista) en el siglo XVI, María Emma Mannarelli para el tema de la mujer en el mismo siglo XVII, Tandeter, Flores-Galindo y Mörner para el siglo XVIII. Aunque la Colonia ha sido trabajada desde otra perspectiva, algunos historiadores más recientes han mantenido la línea de los maestros de la erudición como Lohmann Villena, cuales son los casos de Pedro Guibovich y Teodoro Hampe (sobre bibliotecas, libros e inquisición) y Juan Carlos Estenssoro (con un brillante trabajo sobre la música en la Colonia).

Pero interesa subrayar la riqueza del conocimiento que hemos ido adquiriendo del proceso de cambio del siglo XVII[49]. Usemos para ello muy brevemente un testimonio contemporáneo a los hechos. Se trata del gran "discurso" acerca de la reducción que se debió a la pluma del capitán Duarte de la Hermoza. Entre muchos otros ingredientes que forman parte del diagnóstico del funcionario colonial, señala que tanto encomenderos como corregidores, sacaban de los pueblos a indios huérfanos, muchachos que en el habla cotidiana se les llamaba "acllas chinas" y, por extensión, "acllos cholos" [50]. Desprendidos de sus pueblos, estos niños sin padres, eran repartidos en las ciudades para el servicio doméstico las mujeres —que estudié en el caso de La Paz— y para las haciendas y trajines los varones. Hermoza de-

49. Ver por ejemplo Ignacio Gonzales Casasnovas, "Debates y proyectos en la administración colonial sobre el papel de la economía minera altoperuana: la mita de Potosí en las postrimerías del siglo XVII, 1681-1692". En Inés Herrera y Rina Ortiz (comps.), *Minería americana colonial y del siglo XIX*. INAH, México 1994.

50. Archivo General de Indias, Lima 44.

cía que por esa crianza fuera del común de indios, los chicos se "españolizan", se aculturaban y ya no querían luego regresar a sus pueblos. Diego Muñoz de Cuéllar, de la Audiencia de Charcas, cuando se hizo la encuesta a que estos discursos dieron lugar, puntualizó en ello, añadiendo que los frailes y religiosos eran parte de este tráfico de muchachos, que luego eran adscritos como trabajadores en las casas o empresas. Se trataba de un factor de mestizaje por cierto, se "desnaturalizan" e, incluso, las "chinas" no querían luego casarse con indios. Realmente cambiaba las bases de la vida social del reino andino en su conjunto.

El parecer de Hermoza nos dice con claridad que un observador de la época podía percibir el proceso cotidiano y profundo de cambios en la sociedad indígena. Decía el memorialista que la sociedad india que el virrey Toledo organizó en reducciones, era doméstica, descansada, obediente y bien gobernada, pero en 1630 las cosas eran diferentes. Muchas haciendas de españoles se emplazaban entre los indios, muchos interesados en su trabajo y en sus recursos, mucha "malicia". Se detiene en la multitud de categorías sociales que aparecen entre los indios, que escapaban a las categorías propias de su República, como indicios del cambio: los que de su voluntad están en Potosí, Oruro, Huancavelica y otras ciudades, los que sirven en las ciudades de oficiales, con los que las mismas estaban abastecidas de "obreros", los yanaconas en haciendas, los del trajín, los *chacaneadores* (trajinantes), los pescadores, los que sirven en monasterios e iglesias, los "cholos" y "chinas" del servicio de las casas, las indias fruteras; un universo social muy alterado respecto a las reducciones y el mundo étnico de 1575.

La obra dispersa de T. Saignes abunda en estos temas que el testimonio que hemos analizado nos presenta. Cambio social, movilidad en el espacio, han sido preocupaciones de las investigaciones que he desarrollado y que tienen un correlato en una bibliografía abundante que se hace en otros países andinos o en los centros de estudio andinistas fuera de nuestro país. La tarea ahora es la reunión de estos materiales en una visión sintética, que llegue a un público más amplio.

He escogido una época que conozco por mi propio trabajo, pero otro compilador podría haber hecho lo propio con el siglo XIX por ejemplo. Lo mismo que ha sido retratado en la historiografía del XVII, ocurre para la del XIX. Son importantes los trabajos de P. Gootenberg y N. Jacobsen en los EE. UU., por mencionar algunos ejemplos. Trabajos de peruanos, en más cantidad que para el siglo XVII, como los de A. Quiroz —el más productivo— C. Contreras, J. Deustua, M. Remy, C. Méndez, N. Manrique (el más prolífico y renovador de los historiadores de este período) y otros, han cambiado la imagen de la economía y la sociedad del inicio republicano. Es curioso cómo en los *syllabus* de cursos universitarios, se sigue echando mano de los más antiguos trabajos de Bonilla, tal vez por el carácter disperso y especializado de la producción a la que hacemos referencia.

En el caso del siglo XIX, las motivaciones para la elección del historia-

dor por su época de estudio, difieren de lo que trataba de explicar para la época que particularmente seleccioné, pero también tendrían relevancia para entender la relación entre la sociedad y la historia que la refleja. Actualmente se vive una renovación de los estudios del siglo XIX: sobre bandoleros (C. Walker y C. Aguirre), sobre el arte (N. Majluf), la fiscalidad (C. Contreras), la ciencia (L. López-Ocón y M. Cueto), movimientos sociales (M. Thurner) y otros muchos temas. Los coloquios de estudiantes de historia que organiza la Universidad Católica y coordina la profesora Regalado y la graduada C. Rosas, han abierto una nueva tribuna de estudios pulcros y puntuales, muchos de ellos sobre la primera época republicana. Como advertimos, no se trata de un balance abarcante —que siempre sería incompleto por cierto—sino de comentarios que surgen de la relación entre la propia experiencia del autor y las corrientes y momentos significativos que pueden dar una idea global de un proceso.

En todos los casos, el regreso a propuestas más globales, a trabajos de síntesis, son una imperiosa necesidad. Junto a ello, la difusión de publicaciones seleccionadas de artículos y su aceptación por los profesores, ayudarían a romper la distancia entre el discurso crecientemente especializado de los historiadores y el cuadro básico, simplificado y popularizado, que la renovación historiográfica de los años setenta dejó entre el magisterio y la gran mayoría de los profesores universitarios.

6. CAMBIO DE CREDOS

El credo científico y la seducción de la militancia política de los historiadores de los años setenta ha dado lugar al estudio de los credos de los habitantes andinos en el tiempo. La recuperación de la temática religiosa y la incorporación de lo mágico y lo simbólico como temas medulares en el quehacer historiográfico, fue el sello de la última década. Se pueden incluir en esto hasta los trabajos de la *utopía andina*. Pero junto con esta preocupación por las utopías, las visiones de futuro y la fuerza del mito vivificante del cambio que intuía Mariátegui, se han robustecido estudios de corte más cauto y de un perfil que procura la erudición —algunas veces mal entendida como depósito de datos. Nuevos y profundos estudios sobre la Inquisición, sobre las extirpaciones de ideologías, sobre la iglesia católica, son los libros más voluminosos y serios que han aparecido más recientemente. Los españoles se han ocupado de la Inquisición y temas conexos, pero también jóvenes peruanos que han tenido hasta una revista cuyas páginas preferían esos temas, los *Cuadernos para la Historia de la Evangelización en América Latina*. El editor de esos cuadernos y de la *Revista Andina*, vinculado al espacio que controla el Centro Bartolomé de las Casas de Cusco, el señor Urbano, ha llevado adelante varias reuniones al respecto de la religión en los Andes y él mismo ha hecho estudios o polémicas críticas al respecto.

Santa Rosa de Lima ha recuperado predicamento, F. Iwasaki en Sevilla y L. Millones y J. Mujica en Lima han hecho estudios sobre ella o referidos

a ella. Millones, apoyado en alguna nota suelta de F. Pease ha propuesto un perfil andino de Rosa, de tal forma que, junto con *Pachacamac y el Señor de los Milagros* de María Rostworowski, la "andinidad" parece preñar los continentes religiosos provenientes de otros horizontes culturales. Más allá de la evaluación de la certeza de estas propuestas, lo cierto es que como en esos ejemplos, la religiosidad y sus vínculos con el mundo mágico o sobrenatural de la cultura andina, son temas que tienen la estelaridad de los estudios más recientes. Aunque por supuesto, no son los únicos.

Los estudios que desde distintas perspectivas y métodos debemos agrupar como temas de historia de género están siendo desarrollados muy bien y rápidamente. M.E. Manarrelli, I. Silverblatt, E. Burkett, N. Van Deusen, P. Oliart, L. Blanco, F. Denegri, L.M. Glave y otros, han producido material que renueva visiones generales o demanda renovaciones. Un balance debiera ser hecho sólo para este tema.

Muchos otros temas y autores (lo que revela una característica de la historiografía peruana que en los malos tiempos robustece su producción en cantidad y en calidad) quedan desgraciadamente fuera de esta aproximación historiográfica. Por otro lado, en los últimos años, han aparecido nuevos historiadores y renovadores trabajos, se ha conocido un renacimiento del interés por la vieja historia de las ideas, con nuevos nombres y mejores herramientas de análisis; los contactos entre la historia y la literatura, han llevado a la realización de un evento sobre *Historia y Novela* en 1995. Tal vez la conclusión más acertada sería que frente a este panorama, como en el caso —tan importante por cierto— de la historia de género, se invite a presentaciones y balances de cada área de interés que parece perfilarse, como cambio de perspectiva frente al cuadro del auge de la historia económica en los años setenta y la crisis que la guerra desató en los quince años siguientes.

En el cambio de credos, lo que se ha venido en llamar posmodernidad, se manifiesta en la profusión de aproximaciones diversas, que recoge en mucho el panorama del pluriempleo —en todos los sectores y niveles sociales— y la informalidad que trasciende a toda la sociedad peruana de fin de siglo. El puerto de esta nave es tan incierto como el destino del país al que está atada, pero como siempre en la mentalidad de los peruanos, algo de mesianismo occidental y otro poco de esperanzas cíclicas andinas, nos permiten mirar el presente como promesa y el futuro como esperanza. Así lo siente el poeta E.A. Westphalen a propósito de la expresión lírica quechua:

> "esa facultad recóndita de nuestro pueblo que le hace apretar y concentrar todas sus energías para atravesar el amargo trance, para —aunque herido, agobiado, desorientado, inerme—guardar el suficiente rescoldo de vida que le permita, al menor vislumbrar de buen tiempo, aprovechar al máximo cualquier circunstancia favorable".